

CONCIENCIA Y PLURALIDAD EN EL PARTO DE BABEL

(Un homenaje a los poetas y a los traductores de poesía)¹

Miguel Veyrat

Georges Steiner dice que la destrucción del Zigurat de Nemrod fue un auténtico *desastre* y que su sentido yace en el significado etimológico de la palabra desastre, es decir, una lluvia de estrellas. Steiner, en el mismo acto de pensamiento pide una respuesta a los poetas porque ellos han sido los custodios de la palabra, receptores de aquella lluvia mítica². De la riquísima lluvia de sonoras, brillantes y expresivas lenguas que habla el hombre, liberado de la primigenia verborrea mítica de Adam Kadmón, que sólo entienden los sacerdotes y profetas.

Esta metáfora del maestro comparatista, me ha llevado a pensar poéticamente el tema, dando como resultado las piedras de camino que, amontonadas, componen la *Trilogía de la Incertidumbre* que lleva por título “Babel bajo la Luna”, publicado en 2005³. En las notas finales de ese libro, imaginaba yo que, una vez derribados de la torre que construyeron para alcanzar la luz original —colocada como celeste cucaña— y así pactar con ella la eterna iluminación, los poetas armaron sus tiendas en las ruinas de Babel, dedicándose a hallar los ritmos universales en el caos aparente de los ríos salvajes de las lenguas ya existentes —por supuesto, pese a lo que diga El Libro—, antes de intentar su frustrado ascenso, fluyendo libres al fin y repletas del peculiar sentido que dota la caída a todo lo humano.

Es posible que, como constató Heidegger en su ensayo “Caminos de Bosque”, el exceso de claridad haya arrojado para siempre a los poetas a las tinieblas, sobre todo refiriéndose a aquél trance descrito en el Gran Código⁴ como escalada, asalto al cielo o fuga al Nadir⁵ aparente, que terminó con el derribo del gran andamio. Que los poetas no proféticos, no épicos, no literales, no *figurativos*, se sientan pues felices ahora, porque al fin ya no pretenden alcanzar al Sol que sólo se alcanzaría tras la muerte, según algunos creyentes: Que sean dichosos por tanto en las tiendas iluminadas por la Luna, armadas cantando con materiales de fortuna entre las ruinas babilónicas por las que fluyen libremente las corrientes que transportan limos idiomáticos, pues no desean fundar con ellas reinos ni religiones, y han convertido su injusta condena en una elección, fundando la conciencia, ya que como creía Goethe, <<en las límpidas manos del poeta,/ el agua se tornará diamantina>>.

Al releer a María Zambrano unos meses después de escribir aquellas líneas, me conmovió la siguiente reflexión hallada en uno de los ensayos del precioso libro “El hombre

¹ Ponencia propuesta en el encuentro entre creadores y traductores de poesía, organizada en Valencia por la *Fundació Alfons el Magnànim* y el *Instituto Cervantes*, los días 27 y 28 de septiembre de 2005, con motivo de la edición de la Antología aparecida con el nº 100 de los *Plecs del Magnànim*.

² *Después de Babel*. Prólogo a la 2ª edición, p 19. Fondo de Cultura Económica, México 1995. Trad. Adolfo Castañón y Aurelio Mayor.

³ Miguel Veyrat, *Babel bajo la Luna*, Calima Ediciones, Palma de Mallorca, 2005

⁴ Así llama, nada irónicamente, a *La Biblia*, el crítico Northrop Frye (*The Great Code*, Harcourt Brace Jovanovich Inc, 1981)

⁵ <<Estamos cavando la fosa de babel>> (Kafka, *Diarios*)

y lo divino”⁶: <<Se paga por ser (...) simplemente hombre y sólo entonces se abre el camino de la verdadera vida individual; sólo a partir de entonces se puede pretender ser uno mismo. Al atender al juego total, como Antígona, se cierra el proceso trágico. El justo que paga abre el camino de la libertad.(...) Se ha apurado el conflicto trágico; ha nacido la conciencia y con ella una inédita soledad. Entonces comienza la verdadera historia de la libertad y el pensamiento>>.

Pienso en cuán ligada está esa historia con la de los poetas —los últimos *justos*, siguiendo el razonamiento poético y sobre todo deísta, repleto de sentimiento de culpa, de la ex discípula de Ortega—, decididos a buscar su propia vida como recibiendo ese bautismo de conciencia al margen de la luz oficial cegadora que, al fundir su significado en la divina trabazón significativa del Tetragrámmaton, impide crear con libertad. Nada tendrán que ver entonces, con la poesía verdadera los poetas coronados con pomposo laurel nacional, eclesiástico o municipal, alejados de quienes mezclarán impunemente sonidos y sentidos, utilizando para ello el ritmo mágico de la emoción cordial en su empeño por llegar, resonando, a la bóveda del corazón del otro. Aunque para ello paguen el precio de la marginación siendo derribados de la Torre de los “justos”, alejados del fuego abrasador origen de su sed⁷: el conocimiento.

Armadas sus tiendas en los escombros de la torre, dados a la tarea de reconstruir el sentido de la vida humana desde los pecios de la diversidad de lenguas —ya que el oficio de poeta es sobre todo el de la rememoración, que a veces se confunde con el hecho más grande todavía de la celebración—, vivimos dedicados al afán de reintegrar el tiempo humano en el tiempo sin tiempo, y no el de la mera reconstrucción del pasado ni el discurso empírico banal, como sucede con harta frecuencia en nuestros días. Pues la memoria permite al poeta nombrar, un nombrar esencial que crea lo nombrado, recordando lo esencial olvidado en la piel de la existencia cotidiana. Tarea titánica que sitúa a la poesía como el último lugar de la totalidad en tiempos de fragmentación e indigencia, último lugar de redención, como ha dicho el gran filósofo valenciano, el poeta de la mítica edición de “La caña gris”, Jacobo Muñoz.

El silencio hubiera sido una opción tan legítima como otra, pero lo que estaba en juego, entonces como ahora, era tallar un báculo válido en la hora en que la Humanidad se internaba en el desierto como una raza en retirada, ante la reconstrucción de la Nueva Jerusalén de luz como faro de la palabra única. Tenían los poetas para beber, derviches voluntarios, tan sólo el agua clara de la palabra plural, único instrumento capaz de lograr el sentido unitario de la solidaridad humana en el *ukase* de la dispersión. Y para sostén del caminar, el alimento del amor humano, hacia el que se dirige siempre la luz individual del corazón.

Porque sólo *el silencio es la muerte*, dirá en ese mismo sentido Angelo Portinari, descendiente de aquél Montferrat (autor del primer borrador de *Aurora Consurgens*, 1166) que afirmaba que los poetas cantan cuando calla Dios⁸. Porque el silencio es el presente de aquellos que vivieron antes, y la vida no es sino una conversación previa al silencio: Como

⁶ Fondo Económico de Cultura, México, 1955

⁷ No olvidemos que el primer pacto de amor junto al manzano, también fue castigado, por dictamen de los redactores de *La Biblia* en un acto al que se aplica el código represivo de la libertad de conciencia a Adán y Eva: la “expulsión del paraíso” bajo espada flamígera. Fue el primer acto de censura de la literatura escrita.

⁸ Miguel Veyrat, *La Voz de los Poetas*, SERTA, Revista de Poesía y Pensamiento poético, Facultad de Filología, Universidad Nacional de Educación a Distancia, año 2000.

querrá decirnos Brodski en un hondísimo lamento: “Es discurso del crepúsculo, con un fin incierto⁹”. El propio poeta ruso, que habría de sufrir en carne propia el brutal exilio de la luz oficial, escribe un lúcido análisis de la situación en la sociedad de los hombres, la sociedad de Babel en un fragmento de su representación del diálogo que mantienen en un manicomio dos filósofos ataviados con batas de hospital para enfermos mentales:

-La enorme ciudad en una densa niebla.

-Discurso del caos, resumido sucintamente.

*-Se eleva un gigantesco manicomio,
como un paréntesis en el universal concierto.*

-¡Maldita sea, de los rincones nos alcanzan

corrientes de aire!

-Las imprecaciones no hieren mi oído:

lo que veo no es la vida, sino el triunfo de las palabras.

-Sí, sí: ¡Nos verbalizan los sustantivos!

*-Así un ave vuela de su nido,
preocupada por el pan de cada día.*

-Sobre el llano se eleva una estrella buscando un interlocutor más competente.

*-El mismo llano, hasta donde la mirada alcanza,
mantiene en la noche un coloquio,
con la lentitud del correo.*

-Y ¿Cómo precisamente lo mantiene?

-Mediante las imperfecciones del terreno.

*-¿Y cómo distinguir entre los habladores nocturnos, si bien su conversación no
tiene sentido alguno?*

*-Arriba está parado¹⁰ Gorbunov,
y Gorchakov es el que está abajo.*

El poeta es quien transmite los nombres de las cosas a los interlocutores entre la niebla de la noche. No por ser uno de los “justos” sino porque desea hacer llegar el *desastre* a los demás, *mediante las imperfecciones del terreno*: Y es verbalizado a su vez, ensartado por los sustantivos que él mismo ha configurado para construir la realidad y hacerla reconocible socialmente. Los ha creado a la luz de la luna, en el reflejo mismo de la luz cegadora, en el pleno sentido que la luz oscura le otorga a él sólo, paciente alquimista, en el atamor del logos. Creyendo en la palabra natural, una vez barrida la densa bruma, paréntesis enloquecido donde se refugia el discurso del crepúsculo con un fin incierto. Poesía es la voz oculta de la condición humana, expresada con los ecos más hondos de los significados de las palabras, circulando de arriba abajo y en sentido inverso, motor de los verbos en vuelo incondicional — por tanto libre— de significantes al encuentro de significados hasta ahora ocultos y paralizados por el decreto “divino” de la identidad suprema entre significante y significado. Motor de los verbos y por tanto también del pensamiento desde la energía que le presta la memoria, la más trágica de las amantes del poeta.

⁹ *Conversación en el Atrio (Gorbunov y Gorchakov, X)*. Fragmento. Alción editora, Córdoba, Argentina, 1996. Trad. Tatiana Bubnova. Fue escrito entre 1966-68 a raíz de la estancia de Brodski en un hospital psiquiátrico, donde le habían enviado para una revisión médica a raíz del proceso por parasitismo social al que había sido sometido por aquella época.

¹⁰ A la excelente traducción publicada por Tatiana Bubnova en una editorial argentina habría que modificar mentalmente el americanismo “estar parado” por el “estar de pie, o en pie” del castellano español —no “detenido”— que es el significado real del verso de Brodski: *-Arriba está en pie Gorbunov, y Gorchakov es el que está abajo.*

Al igual que el Aristóteles metafísico que dice hacer <<filosofía para responder a un movimiento de asombro>>, hacemos nosotros poesía para responder a un movimiento del silencio en el tropismo abisal hacia la nada. En nuestra lucha vital contra la muerte, los poetas creemos que el silencio es el espacio de la música, que el silencio es a la música lo que el espacio es a la escultura o a la arquitectura. Y que el silencio es a la música y a la palabra lo que el espacio a las artes plásticas, los poros por donde respira y se expande. Y que el lenguaje es el acelerador mental del pensamiento poético, la mejor herramienta, el método más adecuado de conocimiento de que dispone nuestra especie para luchar contra la muerte, el auténtico silencio.

Que la poesía es metafísica y música a un tiempo, como creía Montferrat¹¹ —en frase que hubiese hecho las delicias del temprano Heidegger, que a su vez opinaba que el pensamiento mira escuchando—, no hace más que acreditar aquello que lingüistas y antropólogos han determinado como precedencia al pensamiento humano del grito modulado como lenguaje. Convendremos todos en que la poesía no puede explicarse, y que solamente expresa lo inexpresable cuando lo logra: Pero otra cosa es que no precise, al menos, de un intento de aproximación a las misteriosas causas que producen ese extraño fenómeno que ha conmovido a los hombres, en mayor o menor grado, desde los albores de la emoción traducida en pensamiento que después se expresa en versos, en ritmos, y que llega como puede a los demás, y frecuentemente como *coloquio en la noche con la lentitud del correo*.

Nace de la incomodidad de hallar continuamente presente, como sombra al lado del poeta, un misterio que interroga tenaz —*siempre a su dueño fiel, pero importuno*, como recordaba Miguel Hernández de su propia pena— acerca del sentido último de las cosas y el de uno mismo entre las cosas y los otros. Entre la acuciante necesidad de indagar en esa pena y comunicarla después, nacerá la alegría de la música, del canto, que como metáfora del silencio angustioso precursor de la muerte presentida en que se halla el corazón humano, salta en formas y colores, voces y ritmos, escogiendo siempre los materiales más próximos y humildes, precisamente los que más apegados están al corazón y que alimentan la mente con su entrañable presencia, útiles para tantas pequeñas cosas inadvertidas por habituales, que para nosotros resultan ser inmensamente grandes.

Hablamos de la tierra, de su polvo, movido por el viento inspirado que modela gargantas llenas de venas que acaban componiendo un órgano que irrumpe en voz única, que se transforma en voz coral al alcanzar la bóveda cordial de lo común. Así ha sido y así fue en el año cero de todas las eras, en todas las civilizaciones que han podido hallar lenguajes, hablados, escritos o grabados, donde los símbolos han representado la angustia infinita de cada ser humano buscando aquello que hay tras el puñado de brasas que late ante la contemplación del otro, de los otros, de lo otro y el descanso final en la representación y adoración posterior del ser amado, ya sea sutil o contingente.

¿Pero es ese pionero social, el poeta? ¿Es el poema que ha sido capaz de urdir, el que mira anhelando ser mirado a su vez y que rompe a cantar cuando logra ese milagro?: Algunos de esos hombres excepcionales cantan y otros escuchan, pero todos ellos, quienes cantan y escuchan, son poetas: Los primeros han asumido voluntariamente una tarea ineludible y vital para ellos, de mirar el mundo maravillados, interrogándose, pensando en el tiempo presente y cantándolo: Desde el futuro, todo lo virtual se agolpa hacia el ser: Pasan y se van las cosas y

¹¹ Op cit Nota 7

los seres hacia el río oscuro de la memoria donde siguen siendo los mismos. Pero esto, aún no lo saben quienes están escuchando: Observando, rectificando, evocando el presente, pasado y futuro a un tiempo, quizás logren fundir ese hilo cristalino de voz que en el recomenzar constante halle la forma primera del canto: La palabra perdida, el nombre tan buscado por todos los hombres del que se derivan todos los nombres: Los nombres seguros, auténticos y que corresponden rítmicamente, numéricamente casi a sus formas, donde cada cosa es lo que parece, esté expresado en la lengua que sea.

Reflexionando acerca de ese camino misterioso, Novalis, en mayo de 1798 publica en la revista *Athenäum* una serie de pequeños fragmentos bajo el título de “Blütenstaub”, o polvo florido. Uno de esos minúsculos granos de polen con los que sueña fecundar su misticismo romántico. Dice más o menos que el camino misterioso (la poesía, ensoñación intuitiva que equivale al pensamiento dialéctico como instrumento válido para afrontar la realidad sin intentar construir ciencias ni leyes), solamente nos lleva hacia adentro, pues la llamada eternidad, con sus dos mundos, el pasado y el futuro, está en nosotros o en ningún lado. El presente es pues el camino, el camino preñado de silencio, el camino misterioso desde el cual solamente podemos intentar llegar hacia lo más hondo —abismo, no necesariamente maléfico como habitualmente se nos quiere representar— donde late el supuesto destino eterno que sólo nuestra mente puede representarse

Pero ¿Es en realidad tan misterioso como se nos representa, este caminar? ¿Existe el misterio o somos nosotros el misterio? ¿Es el misterio aquello que intentamos expresar los poetas, ese “imposible instante de las cosas” expresado por el verso, en palabras de Mallarmé? Nosotros creemos que no es sino la música contenida por el ritmo en que ha quedado suspendido ese instante absolutamente nuevo de la creación poética —la Creación, así como suena, con mayúsculas, la que algunos deístas piensan acertadamente que aún no ha terminado—, que siempre es fruto del azar provocado por el poeta, que sólo aspira a ser recompensado con el equilibrio interior del poema. Ese poema que si se consiguiera sería él mismo la Creación entera, tal como los físicos definen el agujero negro, una concentración extraordinaria de energía que absorbe toda la energía al mismo tiempo, y que acabará absorbiéndose a sí misma y ya será la nada.

El propio Mallarmé creía que el verso le llevaba a la nada. Y esa visión, como todas las visiones, es confirmada también por la física, madre de la poesía que es el único arte que “sabe” que no todo es una ficción en esas palabras <<que se reflejan las unas sobre las otras>>. Será pues en ese movimiento de reflejo donde el misterio pueda transparentarse, fundidas al fin conciencia y libertad en el vuelo de la materia liberada por la mente de la gravedad del limo denso de mefíticas humedades en que pudo acaso convertirse el polvo florido del kerygma poético. Y comenzar así el periplo de acercamiento hacia el otro, su destino azaroso como previó Paul Celan al entender su obra como <<una botella arrojada al mar>>, que siempre encuentra alguien que recoge el envío, convencido de haber recibido un mensaje.

A partir de ese encuentro comenzará la que sea quizás la más hermética de la experiencias que puede proporcionar la poesía —y que nada tiene que ver con la “traducción” filológica de una lengua a otra, como ya pensaba Walter Benjamin¹²— en la emoción que

¹² “La fidelidad y la libertad —libertad de la reproducción en su sentido literal y a su servicio, la fidelidad respecto a la palabra— son los conceptos tradicionales que intervienen en toda discusión acerca de las traducciones. (...) A decir verdad, su empleo tradicional considera estos conceptos en discrepancia permanente. Porque, en realidad, ¿qué valor tiene la fidelidad para la reproducción del sentido?” Walter Benjamin, *La tarea del traductor*, in *Ensayos*

supone descifrar el íntimo sentido de los trazos del poema auténtico y por tanto no figurativo, no evidente, no canónico, sino escrito en el más puro azar mental de aquello que “los llamados pitagóricos”, despreciados y enterrados por Aristóteles y sus secuaces podrían mentar como *Logos matemático* o ritmo verbal, *Cristal de aliento*, como podría llamarlo el mismo Celan, en que la conciencia asume libremente el golpear del tiempo. Pero dejemos que lo diga el propio *poeta doctus*, como lo llama su exegeta Gadamer y de quien yo pienso que sea acaso el más lúcido de los místicos ateos, quien aclara que el lector de poesía tampoco ha de ser un erudito ni estar especialmente instruido; debe ser un lector empeñado en “escuchar”, una y otra vez¹³:

*LOS NÚMEROS, aliados
con la fatalidad y anti-
fatalidad
de las imágenes.*

*El cráneo
encasquetado, en cuya
sien insomne un martillo de fuego
fatuo
todo esto a compás de universo
canta.*

El estallido del canto surge pues de la soledad que anida en el interior del cráneo, como grito, y sólo brota cuando llama el martillo de fuego al ambiguo encuentro con el otro, siempre efímero como la libertad, en el ser duradero del ritmo del tiempo. Sólo comunica un secreto a voces, inteligible a partir de la música, de los números, aliados siempre a nuestros conocimientos del mundo.

Del grito al canto, esa es la enseñanza del *desastre* de Babel, que nos aleja mediante el derribo decretado por el canon sacerdotal, de toda norma gramatical nacida de la *razonante razón* estructural organizada en sistema religioso o político por los “justos”. Por el contrario, ¿sería esa la *razón poética* que arrebató a Zambrano? No lo creo: Sería producto simplemente de la *fatalidad y antifatalidad* de las imágenes. Puro azar dialéctico, que no razón sino razones, en el abrazo dictado al compás del ritmo propio de cada lengua en cada cauce de su nicho étnico, en el sonar propio de sus *aguas diamantinas* contra las piedras apiladas por los pioneros de su cultura, por las *límpidas manos del poeta*.

Yo doy aquí las gracias a los clérigos que travestidos de poetas redactaron las páginas del castigo reservado a quienes no cantan sólo las glorias —reservadas para ellos, sus únicos hermeneutas— del Gran Solo, revestido no de Gran Cero, como creía Unamuno, sino de Uno, tan sólo Uno, porque se empeñan en ser libres para cantar la alegría del encuentro en el Yo, Tú, Él en que tomaron conciencia de su condición humana y no divina:

La luz, solamente antes de la Aurora puede parecer un rayo, que corta el hálito de quienes lo observan y lo reciben, horadándoles el ánima o aliento: Pero después se expande, se abre para tocarlo todo con sus homéricos *dedos*, que ya son transparentes tras el orto e iluminan, ponen de relieve las formas puras de las cosas, su verdad que nace del equilibrio entre *fatalidad y antifatalidad de sus imágenes*. No hace falta pacto alguno, expresado por

escogidos..

¹³ Gadamer, *¿Quién soy yo y quién eres tú?* Herder, Barcelona, 1999. Trad. Adan Kovacsics.

ninguna religión, con la luz sagrada de la Naturaleza, pues es de todos, a todos ilumina por igual y, en su seno, plurales alentamos: Solamente basta encontrar la posición adecuada para que la sombra no grave más que la dignidad del pensamiento propio, en cada momento del tránsito por *el vinoso mar*.

Esa sombra con la cual desapareceremos en el ocaso una vez cumplido el canto, “justificados” por haber sabido y querido emitirlo, abriendo el camino de la libertad. Reconstruyendo los puentes derrumbados y, a fuerza de intentarlo descifrando y entendiendo versos, las palabras preñadas de sentido nuestros hermanos llamados extranjeros por la violenta voluntad de aquél dios inventado por los destructores de torres que, sin quererlo, nos ayudaron a encontrar la conciencia y la igualdad queriendo desterrar la pluralidad: Traduciéndonos los unos a los otros en busca de lo que Stefan Zweig, en su famoso artículo “La Torre de Babel” publicado en Ginebra en mayo de 1916 en la revista *Le Carmel*, alarmado por los vientos de la guerra que acababa de terminar y que preparaban el huracán de la próxima, influido en su pacifismo por su amigo Romain Rolland¹⁴, definió como “una unidad más allá de las lenguas”. Esa unidad plural en la que nos encontramos hoy aquí poetas y traductores en los difícilísimos tiempos que corren, y en la que queremos permanecer: Bajo el desastre de una lluvia de estrellas, como nos recomendaba Steiner al principio de este texto, sin guarecernos bajo ningún paraguas de “diseño inteligente”, nuevo nombre universal que acaba de otorgarse a la soldadura verbal ininteligible.

M.V. Agosto 2005

¹⁴ *La Tour de Babel* fue primeramente publicado en traducción francesa en la revista de Romain Rolland, *Le Carmel* de Genève, en abril y mayo de 1916. El texto alemán apareció el 8 de mayo de 1916 en el *Vossische Zeitung* de Berlín, sin haber sido censurado.